

## El intercambio del Bicentenario entre México y España en 2010. Estado del conocimiento sobre las banderas de la Independencia

**Martha Terán**

*Dos banderas sobre tafetán celeste, con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y al reverso el Arcángel San Miguel con el Águila Imperial y varios trofeos y jeroglíficos, las primeras con las que los rebeldes levantaron el grito de la insurrección en la Villa de San Miguel el Grande y que se tomaron en la acción de Calderón del 17 de enero de 1811.*

General Félix María Calleja

### Un intercambio razonado

**E**stá por realizarse un emblemático intercambio de trofeos de guerra en tiempos de paz entre naciones de historia y tradición compartidas. Así, este 2010 España devolverá las dos primeras banderas militares propiamente mexicanas. Se dice que son las primeras porque no se trata de artefactos religiosos tomados en el instante por la necesidad de distinguirse para declarar una guerra: la Virgen de Guadalupe está coronada como patrona jurada de la Nueva España. Son gemelas y las patrocinó el capitán Ignacio Allende antes del 16 de septiembre de 1810 para dotar al regimiento de los Dragones de la Reina de San Miguel el Grande.<sup>1</sup> Con ellas pretendía declarar la guerra al gobierno virreinal, nada menos que con un men-

<sup>1</sup> Esteban Sánchez de Tagle, *Por un regimiento. Política y sociedad: la formación del Regimiento de Dragones de la Reina de San Miguel El Grande*, México, INAH, 1982.

saje simbólico patrio en torno al águila mexicana pintada en el reverso (figs. 6, 7 y 8). A cambio de ellas se darán dos banderas españolas de 1829, las más importantes en nuestra historia de las intervenciones extranjeras, la primera lleva por nombre *Legión Real* y la segunda *Rey a la Fidelidad*. Se confeccionaron probablemente en La Habana para el general Isidro Barradas, cuando éste se propuso la reconquista de sus antiguos dominios en nombre del rey Fernando VII invadiendo Tamaulipas. Vicente Guerrero ocupaba entonces la presidencia de México (figs. 33 y 34).

Tanto los lienzos sanmiguelenses que regresarán a nuestro país desde el Museo del Ejército de Madrid, como los que se irán a España procedentes del Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec, cayeron en las manos del contrario por una derrota definitiva. Derrota desastrosa, por la parte mexicana, del primer movimiento por la Independencia caracterizado por las enormes multitudes en torno a los jefes insur-

gentes. De cerca acompañaron a Allende, pues el cura Miguel Hidalgo más bien se rodeó de las conocidas imágenes de Guadalupe que sus seguidores sacaron de los recintos religiosos.<sup>2</sup> Los Dragones de la Reina perdieron estas banderas en la terrible batalla del Puente de Calderón, cerca de Guadalajara, el 17 de enero de 1811. Se las arrebataron las tropas del general Calleja. Éste, tres años después las envió a España para reconocimiento de sus méritos militares, le valieron el título de Conde de Calderón en la Corte de Madrid. Por la parte española, las banderas capturadas en 1829, con los emblemas reales de la Casa de Borbón hablan de la derrota de las aspiraciones imperiales sobre México, a pesar de haberse declarado la Independencia en 1821 y concertarse el Tratado de Córdoba. Sin reconocerse en España, sus ejércitos sitiaron el puerto de Veracruz y se mantuvieron en San Juan de Ulúa hasta 1825. Los mexicanos los expulsaron imponiendo un tajante sitio a la fortaleza. Luego de irse los españoles, tras pedir que se rindieran los últimos honores a sus banderas, comenzaron a pensar en una reconquista de la Nueva España desde la isla de Cuba. Esos deseos se concretaron en la desastrosa expedición de dos meses del general Barradas, que concluyeron con la capitulación de unos tres mil soldados. El intercambio de banderas es simétrico: ambos lotes de trofeos de guerra tienen el agudo sabor del desastre, sin poder ser igual, sin embargo, el significado de una y otra derrotas para cada fuerza. España simplemente perdió una expectativa de reconquista. Para México las dos fechas, 1810 y

<sup>2</sup> Lo que dijo Hidalgo en su declaración final fue: “Que realmente no hubo orden alguna asignando Armas ningunas: Que no hubo más que saliendo el declarante el diez y seis de septiembre referido con dirección a San Miguel el Grande, al paso por Atotonilco tomó una imagen de Guadalupe que puso en manos de uno para que la llevase delante de la gente que le acompañaba, y de allí vino que los regimientos pasados y los que se fueron después formando tumultuariamente, igual que los pelotones de la plebe que se les reunió, fueron tomando la misma imagen de Guadalupe por Armas, a que al principio generalmente agregaban la del Sr. Don Fernando Séptimo, y algunos también la Águila de México”; J. E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México, de 1808 a 1821*, 7 vols., ed. facs., México, INEHRM, 1985, t. I, p. 13.

1829, están vinculadas con la cancelación de tres siglos de dominación de la monarquía española sobre sus históricos territorios novohispanos. A pesar de los sangrientos y penosos diez años siguientes, el primer movimiento hirió de muerte al virreinato (O’Gorman).

Con este intercambio México no pierde todas las referencias patrimoniales del suceso de 1829. Los mexicanos detuvieron en esa ocasión cuatro banderas. Aparte de las dos telas referidas, fue entregado un estandarte rojo con Carlos V y un pabellón o gran bandera naval roji-gualda. El general Barradas entregó tres telas en su capitulación: el grupo de cuatro se reunió cuando el general Santa Ana devolvió la llamada *Legión Real* que en algún momento detuvo, con la intención de amplificar su homenaje militar en la ciudad de México (fig. 33). El Museo del Ejército español con este intercambio tampoco pierde todos los trofeos que testimonian sus victorias contrainsurgentes. Otras dos piezas de enorme importancia histórica para México forman parte de su rica colección. Una es una copia del siglo XVI, del Pendón que Hernán Cortés utilizó en la Conquista, cuyo original se conserva en la ciudad de México. Al duplicarlo lo regaló a la ciudad de Oaxaca. Cuando los insurgentes tomaron dicha ciudad a finales de 1812 celebraron su “reconquista” de los españoles. Si el Pendón acabó en España fue porque lo volvieron a capturar las tropas del militar expedicionario Melchor Álvarez.<sup>3</sup> La segunda pieza es una bandera realizada en campo blanco, con una enigmática Aspa de Borgoña interpretada en azul, las reglamentarias españolas eran blancas o carmesí.<sup>4</sup> Es una

<sup>3</sup> En los últimos años del siglo pasado se comprobó ciertamente que se trataba de una pieza del siglo XVI en muy malas condiciones, pero no era el Pendón del conquistador de la Nueva España. Melchor Álvarez lo remitió a España con una nota que hizo creerlo. Se capturó con otras cinco banderas en Ayotlán. Luis Sorando Muzás, *Banderas, estandartes y trofeos del Museo del Ejército, 1700-1843*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001; Archivo General de la Nación (AGN), Correspondencia virreyes, t. 268-A, f. 109, doc. 33. “El Virrey de la N. España D. Félix María Calleja. Participa el recobro de la Provincia de Oaxaca por las tropas de S. Majestad [...]”.

<sup>4</sup> El Aspa azul tiene la referencia núm. 44.127 del Museo del Ejército. Está catalogada como tomada al cura Hidalgo en Acatita de Baján, en Luis Sorando Muzás, *op. cit.*

bandera emotiva que con el celeste sobre el blanco trata de distinguirse en su insurgencia pues declara su lealtad al rey Fernando mediante los celeste y blanco de la religión, aun tratándose de guerra contra el gobierno español (fig. 14).

Esa lealtad al rey explica el denominador común de las cuatro banderas en canje tanto españolas como mexicanas simbolizada por las Cruces de San Andrés o Aspas de Borgoña de la monarquía. En todas, está presente el rey Fernando. En las banderas gemelas de los Ex-dragones de la Reina, en cuyo reverso se combinan el águila mexicana y el arcángel san Miguel, tanto las Aspas de Borgoña como los guiones militares del ejército borbónico se incluyeron a los costados del águila, para significar que la guerra por la Independencia se iniciaba como una defensa del rey y de la religión católica. Se trataba de preservar a la patria, la Nueva España, de caer en manos de los franceses que por entonces dominaban la Península Ibérica. Que los dos lienzos de Barradas ostenten las Aspas de Borgoña como elemento central o motivo de la composición no amerita explicarse. Éstas fueron un legado de Felipe *El Hermoso* al rey Carlos V que se mantuvieron en uso hasta 1843. Ahora bien, lo que las banderas de Isidro Barradas aportan al conocimiento general de la guerra que sostuvieron los insurgentes y los realistas entre 1810 y 1821, son las composiciones emblemáticas que las dos lucen, declarando como empresa la reconquista de México. Para imprimirles un mensaje de victoria, los artífices de las banderas se valieron de los escudos de distinción españoles con los que el rey condecoró a los militares realistas por sus méritos guerreros sobre la insurgencia, especialmente en los últimos años del conflicto.<sup>5</sup>

Sin embargo, no hay evidencias de que hasta ese momento se hubieran confeccionado banderas excepto las de Allende. Martha Terán, “Símbolos e imágenes de la guerra por la independencia”, en Juan Ortiz Escamilla y María Eugenia Terrones (coords.), *Derechos del hombre en México durante la guerra civil de 1810*, México, Instituto Mora/Comisión Nacional de Derechos Humanos, 2009, pp. 213-253 y 229.

<sup>5</sup> En la compleja composición llamada *Legión Real* bordaron la Orden de Isabel la Católica, instituida por Fernando VII en 1815, la Real Orden de San Fernando al mérito militar y la Orden de Carlos III. En *El rey a la fidelidad*

## Conversaciones entre estudiosos

Por fin se identificaron en España las banderas de san Miguel el Grande, que durante años se buscaron; una de tantas obsesiones que se transmiten de historiador a historiador.<sup>6</sup> Don Luis Sorando — uno de los mejores conocedores en Europa — mantuvo un provechoso diálogo conmigo; por entonces catalogaba las banderas históricas españolas y redactaba su libro: *Banderas, estandartes y trofeos del Museo del Ejército, 1700-1843*. Nos reunimos gracias al doctor Carlos Contreras, experto chileno en historia naval, mediante la red de historiadores *H-México*, lo cual siempre agradeceré al doctor Felipe Castro. Así, me tocó el privilegio de realizar las gestiones académicas para valorar la autenticidad de las telas mexicanas entre los años de 1997 y 2002. Éstas consistieron en reconocerlas en el Museo del Ejército, cuya sede aún era el Palacio del Buen Retiro de Madrid (hoy es el Alcázar de Toledo), además de presentar el documento conservado en el Archivo General de la Nación donde se les describía, se indicaba que eran dos y se señalaba la procedencia de las primeras reliquias elegidas para atravesar el mar.<sup>7</sup> El general Calleja avisaba de su envío a España, junto con las valiosas pertenencias y el retrato más famoso del general Morelos (fig. 17).<sup>8</sup> Luis Sorando comprobó la

fue bordada la Orden de Isabel la Católica con la Cruz de Borgoña.

<sup>6</sup> Luis Castillo Ledón paleografió en 1922 la única transcripción conocida, sin citar su fuente, del único documento que las describe, la “Nota de las alhajas y muebles que el virrey de Nueva España remite al Excelentísimo ministro de la guerra para que se sirva tenerlo a disposición de S.A. la Regencia del Reino” (en f. 107); AGN, Correspondencia virreyes (Calleja), t. 268-A, f. 105, núm. 32; *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, Talleres Gráficos del Museo, 1922, p. 63; Ernesto Lemoine informó cinco décadas después, sin mencionar a Castillo Ledón, la referencia del AGN, en *Morelos y la revolución de 1810*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978, p. 234.

<sup>7</sup> Calleja capturó reliquias de sumo valor como los varios atuendos que usó Miguel Hidalgo encontrados en Puente de Calderón, enviados como muchos otros al virrey Venegas; AGN, Operaciones de guerra, Realistas, t. 15, f. 362, “Oficio de remisión, de Calleja al virrey, de los uniformes que usaba Hidalgo y que fueron recogidos en la batalla de Puente de Calderón”.

<sup>8</sup> Iba el famoso retrato en lienzo de José María Morelos que le hicieron en Oaxaca en 1812; un pectoral también suyo compuesto de seis topacios y, pendiente de él, una medalla de



12. *Timbre del Imperio mexicano.*

importancia central que tenían las banderas en la historia mexicana y rectificó las referencias que impedían aproximarse a su conocimiento.<sup>9</sup> Hace más de diez años lucía atractivo que una bandera pudiera darse a conocer en México y que la otra permaneciera en España, en razón de que los insurgentes claramente se pronunciaron por el rey Fernando. En mi imaginación parecía que se habían conservado juntas y hasta capturadas a sus portadores en el mismo instante.<sup>10</sup> Di fin a esta investigación con la buena noticia de que las banderas se habían restaurado, junto con las otras dos piezas mexicanas ya comentadas, a sugerencia de Luis Sorando, y con la publicación de un artículo para conocimiento general sobre el hallazgo

oro con la imagen de Guadalupe en forma de relicario, con un círculo de perlas finas chicas y orla con 18 topacios todo pendiente, a su vez, de un collar compuesto de 61 topacios. Su espadín con puño de oro, su bastón de plata de cuatro piezas con puño de oro y otro en forma de látigo forrado de chaquirá; su sombrero con galón de oro de seis dedos de ancho con presilla bordada de oro y algunas piedras; su casaca de uniforme de capitán general (lo estrenó cuando en esa capital fue jurada la Junta de Zitácuaro en septiembre de 1812) y otra de teniente general con 22 botones de oro macizo. Otras prendas eran dos bandas, una carmesí de capitán general y la segunda, celeste, de generalísimo; un aderezo de caballo con mantilla y tapafunda de terciopelo carmesí, bordados de plata y con fleco de lo mismo. Dos años después y sin estas pertenencias Morelos seguía en campaña.

<sup>9</sup> Las referencias más antiguas de las banderas de san Miguel son del Museo de Artillería español de 1856, con los números 2933 y 2934. En el Museo del Ejército actualmente están clasificadas con los números 40. 165 y 40. 166, de la sección de los “Trofeos tomados al enemigo”. Antes se las catalogaba como banderas de infantería que habían pertenecido a José María Morelos, combatientes en la batalla de Temalaca de noviembre de 1815. Entre 1952 y 1958 el general Bermúdez de Castro elaboró en varios tomos un *Catálogo del Museo del Ejército*, editado por esa institución. En el V se encuentra esta noticia de la procedencia, errónea, de las banderas.

<sup>10</sup> En México, se publicaron por primera vez las imágenes de las banderas en Martha Terán, “La Virgen de Guadalupe contra Napoleón Bonaparte: la defensa de la religión en el Obispado de Michoacán entre 1793 y 1810”, en *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 26, México, IIH-UNAM, 1999. En España con sus referencias actualizadas se incluyeron en el ya citado libro de Luis Sorando Muzás, *op. cit.* En España nuevamente se recordó su importancia en Martha Terán, “Banderas de la Independencia con imágenes marianas. Las de San Miguel el Grande, Guanajuato, de 1810”, en Ivana Frasquet (coord.), *Bastillas, cetros y blasones. La independencia en Iberoamérica*, Madrid, Fundación MAPFRE, 2006, pp. 231-244.

en el periódico *Reforma*, en febrero de 2002. Se invitaba a conocer las banderas, dada la importancia que tenían como las primeras realizadas expresamente para defender a México.<sup>11</sup>

El historiador Jaime Cuadriello comentó su notable valor simbólico e histórico en el mismo diario, al ser entrevistado por el reportero cultural Andrés Tapia:

Resulta interesantísimo ver el uso político que desde los inicios de los primeros días del levantamiento de independencia tuvieron los símbolos religiosos en el pueblo de San Miguel. Y no sólo los religiosos, sino los que además de ser devocionales tenían un enorme peso jurídico. La Virgen de Guadalupe era una imagen juramentada como patrona del reino desde 1746, y a ella se apelaba como gota de lealtad en tanto patrocinio jurado y reconocido por los cabildos seculares y civiles. Y las Armas del reino, que era el águila, tenían este mismo estatuto y connotación política. En el caso de San Miguel, la imagen del arcángel era también la del patrono jurado. Entonces, se va a la guerra con símbolos sancionados por cierto estatus jurídico, no sólo político, no sólo religioso, no sólo simbólico o nacionalista. Eso es lo que sabíamos y de lo cual hoy hay pruebas tangibles.<sup>12</sup>

Sin dudarse su importancia política, el lugar como primeras banderas militares fue cuestionado por el general de división e historiador Luis Garfías Magaña, quien al ser consultado en el mismo diario señaló que las banderas de san Miguel podían ser consideradas antecedentes de las banderas militares, pero que no lo eran propiamente:

En primer lugar no había concepto de un ejército independiente, ni siquiera era un ejército:

<sup>11</sup> Martha Terán, “Un hallazgo histórico. Las enseñas de San Miguel el Grande, arrebataadas a Miguel Hidalgo e Ignacio Allende permanecen resguardadas en España como trofeos tomados al enemigo”, en *Reforma. El Ángel Cultural*, 24 de febrero de 2002, p. 1.

<sup>12</sup> Andrés Tapia, “Encuentran primeras banderas”, en *Reforma. El Ángel Cultural*, 24 de febrero de 2002.

eran masas más que unidades, pero los sacerdotes y los militares, inteligentemente, eligieron los símbolos religiosos como elemento aglutinante. Y el que la Virgen de Guadalupe figurase como uno de estos símbolos era por demás lógico.<sup>13</sup>

El general Garfias no prestó especial atención a que se trataba de las banderas, no de Hidalgo sino de Allende. Comentó exclusivamente sobre la presencia de la Virgen sin tampoco hacerlo sobre el escudo mexicano de la composición del anverso. En entrevista al también general de división Álvaro Vallarta, opinó que considerando a una bandera un símbolo, los lienzos de san Miguel, con todo su imaginario y raíces religiosas, eran la base de los símbolos patrios.

*Reforma* conversó en esa ocasión con Luis Sorando, en homenaje a su espléndida labor investigadora y la respuesta favorable a la recepción de los documentos que daban luz sobre las banderas. El periódico registró la única discrepancia en la interpretación de los datos, pues Sorando finalmente escribió en la nueva catalogación que se trataba de banderas “tomadas al cura Hidalgo en Puente de Calderón”, no a Allende, porque el movimiento tuvo por jefe máximo al cura de Dolores, lo que explica que esa sea su catalogación actual. En la *Nota de las alhajas* se escribió que eran “las primeras con las que los rebeldes levantaron el grito de la insurrección en la Villa”.<sup>14</sup> Hidalgo y Allende habían llegado a pernoctar a San Miguel el 16 de septiembre y de allí salieron juntos cincuenta y tantas horas después. Para entonces Allende ya le había cedido su mando en el movimiento general a Hidalgo aunque no su regimiento con sus banderas. El complejo mensaje patriótico que cargan nos puede dar idea del cuidado que puso Allende en los preparativos del levantamiento.

Desde que comenzó la aventura de reconocer las banderas mexicanas, Luis Sorando había sido sensible a que la novedad podía causar entusiasmo en México, incluso hasta movimientos para recuperarlas. Así fue como en el tema del

retorno de una bandera, que en el artículo de divulgación se proponía como un posible obsequio futuro, recordando que el rey Alfonso XIII había donado a España otros trofeos de guerra al cumplirse en Centenario de la Independencia, Sorando respondió al periodista con la fórmula del *quid pro quo*: “podemos negociar”. Se inclinaba por un canje de piezas, atento frente a la fatalidad de ver disminuido el patrimonio español. Hace ocho años, pues, en el supuesto de un movimiento futuro, Sorando ya tenía en mente un canje por una de las atractivas banderas españolas que se conservan en el Castillo de Chapultepec, muy conocidas también por él. Particularmente le interesaba una enorme bandera de la época de Felipe V según sus conocimientos. De acuerdo con la catalogación mexicana, formaba parte de las piezas del general Barradas: nuestra catalogación se puso bajo la mirada de su acostumbrada duda razonable (fig. 35).

### La devolución de banderas de guerra entre naciones amigas

Para complementar nuestra colección de banderas históricas nunca habíamos tenido que ofrecer a cambio otros trofeos de una importancia equivalente. La devolución de tales bienes se había caracterizado por la generosidad de las naciones con las que estuvimos unidos en la historia de las intervenciones extranjeras a nuestro suelo. En algunas de las conmemoraciones del siglo XX de las grandes guerras decimonónicas volvieron objetos y banderas sin mediar ningún canje. Ciertamente, al cumplirse el primer Centenario de la Independencia, en 1910, el rey Alfonso XIII hizo la entrega de una parte de los trofeos militares obtenidos y enviados a España por el general Calleja: los uniformes, prendas y el famoso cuadro de Morelos. Cuando llegaron formando una composición preparada con esmero en Madrid, fueron trasladados al Palacio Nacional entre las ovaciones de un desfile militar. Hoy se exponen en el Castillo de Chapultepec. No se habían tenido en cuenta el obsequio ni el Aspa de Borgoña azul ya mencionada, ni las banderas de Ignacio

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> *Idem.*

Allende, aun bajo el supuesto equivocado de que habían pertenecido a Morelos.

En lo que se refiere a Estados Unidos, y a los cien años de su intervención armada en nuestro territorio (1847), aprovechando la tradicional conmemoración a los Héroes de Chapultepec, en 1950 su gobierno obsequió a México la bandera del *Batallón Guarda Costa de Tampico* y otras capturadas cuando entraron por Veracruz, en un acto de cordialidad entre naciones vecinas y amigas unidas en torno al progreso.<sup>15</sup> Y en relación con Francia, al cumplirse cien años de la Guerra de Intervención, regresaron como obsequio varias banderas. Éstas habían pertenecido a los regimientos de Lanceros de Aguascalientes, Guardias Nacionales de San Luis Potosí y Caballería de Durango, combatientes entre 1863 y 1864. Con solemnidad México recibió los trofeos de guerra que entregaba Francia en prueba de amistad, en la década de 1960, cuando se pensaba que los esfuerzos de cooperación entre naciones podían edificar un mundo mejor con base en hombres mejores, como reseñó Antonio Pompa y Pompa al consignar el suceso.<sup>16</sup>

Así fue como el Senado de la República consideró valioso y posible repatriar las banderas de Ignacio Allende. Bastaba retomar esta tradición que llevaba México con Francia y Estados Unidos. Pero especialmente alentaba esta iniciativa el antecedente diplomático con España. El senador por Guanajuato, Luis Alberto Villarreal, argumentando el valor simbólico para los mexicanos de estos lienzos y de cara a la conmemoración bicentenaria, el 22 de noviembre de 2007 interpuso un Punto de acuerdo para exhortar al presidente Felipe Calderón a solicitar el obsequio. Tres antecedentes diplomáticos hacían posible y deseable imaginar una bandera en el Castillo de Chapultepec y la otra en el Museo Casa de Allende de la antigua villa de San Miguel. Las

historiadoras Guadalupe Jiménez Codinach, especialista en la Guerra de Independencia y biógrafa de Allende<sup>17</sup> y Graciela Cruz, especialista en el pasado de San Miguel y asesora en la elaboración del Punto de acuerdo del Senado, habían estimulado el interés de los guanajuatenses.

El gobierno mexicano, a través de la Secretaría de Relaciones Exteriores, dio inicio y forma a esta gestión. El historiador Jaime del Arenal, director del Instituto de México en Madrid se encargó de documentar el protocolo para repatriar las banderas. Meses después, en junio de 2008, el presidente Calderón visitó España y allá lo hizo saber al presidente José Luis Rodríguez Zapatero, quien fue sensible a los deseos mexicanos. Ordenó a fines del verano a sus ministerios de Defensa y Cultura que se regalaran las banderas. Sin embargo, una acción protocolaria que apuntaba a volverse clásica en la modernidad diplomática mexicana, se modificó cuando España rectificó su actitud y quedó atrás la fórmula del obsequio que antes nos había beneficiado en el retorno de bienes históricos.

Las señales públicas de este proceso las siguió especialmente el periódico *Reforma* de enero a octubre de 2009. La periodista Silvia Isabel Gámez, nuevamente desde la sección Cultura cubrió el desarrollo de los trámites: la imposibilidad de seguir adelante con la gestión inicial, la conversación binacional que concluyó con el canje, los pasos institucionales para resolver sobre su contenido y el propio proceso de restauración de las banderas mexicanas elegidas. El 19 de enero informó que en España existía la voluntad de entregar las banderas pero en permuta por otras. Al ser nuevamente entrevistado, Luis Sorando declaró a la periodista que, al enterarse los interesados en el tema que la cesión de los trofeos de guerra iba a ser a cambio de nada, “historiadores y militares se ‘sublevaron’ pidiendo solicitar a México alguno de los blasones españoles que se encuentran

<sup>15</sup> *Banderas. Catálogo de la Colección de Banderas del Museo Nacional de Historia INAH*, México, Secretaría de Gobernación, 1990, p. 48. Este batallón tuvo su origen en la Ley del 10 de agosto de 1823, combatió en la defensa de Veracruz en marzo de 1847 hasta que fue derrotado.

<sup>16</sup> *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH, núm. 15, 1964, pp. 18-19.

<sup>17</sup> Guadalupe Jiménez Codinach, “De alta lealtad. Ignacio Allende y los sucesos de 1808-1811”, en Martha Terán y José Antonio Serrano, *Las guerras de independencia en la América española*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 63-78.

en el Castillo de Chapultepec”.<sup>18</sup> Aclaraba que no se estaba contra los deseos legítimos de México sino contra lo hecho por el presidente Zapatero. En el *Boletín de Voluntarios de Aragón*, la asociación histórico-cultural fundada y presidida por Sorando, lanzó una voz de alerta sobre algo que se consideraba equivocado: una decisión arbitraria en materia del patrimonio histórico de los españoles. Al entrar en circulación el *Boletín*, la cadena radiofónica COPE también puso en cuestión la medida en un programa titulado *La Estrella Polar*, calificándola como un desprecio al ejército español. En la red, quien llevó la noticia fue *El Confidencial Digital* de Madrid. Los conocimientos de Luis Sorando estuvieron en el centro de los reclamos a su gobierno. Declaró a la prensa mexicana: “le hemos dicho al Ministerio de Defensa que las banderas son piezas únicas”; sobre la petición del obsequio de las banderas casi idénticas opinó: “si México hubiera pedido una, igual lo habría apoyado”. Y sobre la aceptación de su gobierno de ceder las banderas mexicanas señaló: “como vimos que era una guerra perdida porque están por darlas, lo que se ha exigido es que no sea una donación”.<sup>19</sup>

Muy poco tiempo después, la Oficina de Prensa del Ejército de Tierra confirmaba la voluntad de su gobierno de devolver las banderas mexicanas, respetando su legislación que prohibía la donación de bienes patrimoniales aunque autorizaba una permuta. Para que pudieran regresar a México sus primeras banderas se requería conversar sobre piezas del mismo valor histórico y estado de conservación, una disposición establecida en la Ley de Protección del Patrimonio Histórico Artístico de España. El proceso de gestión diplomática se reorientó: “un vuelco”, calificó *Reforma*. Como asesor del Museo del Ejército, antes de finalizar 2008, Sorando había presentado una lista de mayor a menor interés, con las banderas mexicanas de origen español que podían importar para el propósito. Estaba en primer lugar la gran bandera de comienzos del siglo XVIII catalogada

erróneamente como de 1829, de la que había hablado a *Reforma* seis años atrás (fig. 35). Le seguía la bandera llamada *Legión Real*, una de las verdaderas del general Barradas, para colmo mal documentada en la catalogación mexicana: ise tenían como banderas de los siglos XVII y XVIII!<sup>20</sup>

Abordado unos días después por *Reforma*, el director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Alfonso de María y Campos, informó: “el deseo del presidente español era una donación, pero la ley exige un intercambio”. Explicó que cuando acompañó a España al presidente Calderón había visitado el Museo del Ejército, donde vio las banderas mexicanas resguardadas en gavetas después de su restauración. También comentó que hizo algunas propuestas al Museo, como la bandera de marina perteneciente al ejército del general español Isidro Barradas, pero de entrada no había interesado porque el Museo pertenece al Ejército de Tierra. Preciso que el 19 de diciembre de 2008 recibió la propuesta sugerida por España de las posibles banderas para el canje. El Museo del Ejército español también recibió de México una propuesta de cinco banderas con el fin de que pudieran ser seleccionadas dos. No dejó de señalar que en la decisión habían participado tanto el director del Castillo de Chapultepec, el historiador Salvador Rueda Smithers, como sus investigadores: “él me dijo estas banderas no las queremos ofrecer, estas otras sí”.<sup>21</sup> Al dar el giro el protocolo iniciado por México, la decisión era obligada para los funcionarios mexicanos porque las banderas ofrecidas a España necesitaban ser equivalentes en valor histórico y conservación a las que se iban a recibir.

La deliberación tomó meses. *Reforma* reportó el viernes 22 de mayo de 2009 que España había ofrecido una “solución simbólica”: para que México recuperara las dos primeras banderas de su historia como nación independiente, entregaría a España las dos últimas perdidas por su ejército. La bandera prioritaria para Luis Sorando no había sido elegida por el Ejército de Tierra. Así

<sup>18</sup> Silvia Isabel Gámez, “Canjea España botín”, en *Reforma*, 19 de enero de 2009.

<sup>19</sup> *Idem*.

<sup>20</sup> *Idem*.

<sup>21</sup> “Vamos por buen camino”, entrevista de Silvia Isabel Gámez al director del INAH, en *Reforma*, 23 de enero de 2009.



13. Portada de las *Constituciones de la Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe de México*.

decantó el concepto particular del intercambio: la devolución de las primeras banderas con las que los insurgentes pelearon contra los españoles, canjeadas por las últimas del imperio que ondearon en México. *Reforma* lo calificó como “un círculo diplomático perfecto”, en lenguaje de museos la pérdida se mira grande.<sup>22</sup> Como las banderas de san Miguel habían sido recientemente restauradas en Madrid, las de la reconquista se trasladaron a la Escuela de Restauración del INAH para devolverles su belleza y colorido por las manos expertas de Lorena Román, en julio del 2009. Debido a que el canje podría ser pronto las restauradoras trabajaron intensamente, para cerrarlas en su embalaje especial en octubre: “son las banderas que refrendaron nuestra independencia, nadie las conocía [...] y ya se van”, lamentó Lorena Román en su taller de restauración de textiles de la ENCRyM-INAH.<sup>23</sup> Varias fechas se han propuesto. La última noticia que tuve por parte del Museo del Ejército español fue que el intercambio se realizaría en ese país hacia mediados de 2010, en una nueva visita del presidente Calderón. Él las entregaría y recibiría las banderas mexicanas para devolverlas al país, con los representantes de la Secretaría de Relaciones Exteriores, las autoridades del INAH, el Ejército mexicano y el Comité de las Celebraciones Centenarias que preside José Manuel Villalpando.

En México también hubo incomodidad por el intercambio aunque sólo se manifestó como opinión. Desde enero de 2009 el director general del INAH había sido interrogado al respecto: “Puede haber quien piense que las banderas españolas no deben regresarse, no lo sé. Los temas de patrimonio son siempre muy sensibles para la gente”.<sup>24</sup> Luis Sorando consideró que con este acuerdo México “sale ganando”. El arreglo no era malo “siendo que no hay más remedio que

<sup>22</sup> Silvia Isabel Gámez, “Ofrece España solución simbólica. Piden banderas de ‘reconquista’. Favorece a México petición por la diferencia histórica entre las figuras de Allende y Barradas”, en *Reforma*, 22 de mayo de 2009.

<sup>23</sup> Silvia Isabel Gámez, “Preparan banderas para canje histórico. Restaura el INAH insignias de Barradas”, en *Reforma*, 25 de julio de 2009.

<sup>24</sup> “Vamos por buen camino”, entrevista de Silvia Isabel Gámez al director del INAH, en *Reforma*, 23 de enero de 2009.

hacerlo. A nosotros, las banderas de Barradas nos da lo mismo tenerlas o no”, dijo. El Museo español posee cientos de banderas de regimientos realistas que lucharon contra la independencia de toda América. La historiadora valenciana Ivana Frasset explicó que no había controversia en el tema de por qué fue aceptada la solicitud mexicana sin dificultades: “La iniciativa de Rodríguez Zapatero es un gesto de amistad y complicidad con un país que ayudó mucho a España, en los años de la dictadura, por ejemplo. En la política de gestos —opinó a su vez el historiador Tomás Pérez Vejo— España entrega algo que para México es importante”.<sup>25</sup>

Así tomó relieve el espinoso asunto de lo que se perdía. El historiador Juan Ortiz Escamilla explicaría lo distinto que se percibían las circunstancias para cada país en el mismo diario *Reforma*: las pérdidas que ocasionaba el intercambio no significaban lo mismo para los españoles que para los mexicanos. La importancia histórica de las banderas del general Barradas era y es tangencial para los españoles del pasado y del presente. Tomás Pérez Vejo también hizo notar la asimetría histórica del canje en esta perspectiva, considerando que Allende ocupa un lugar principal en la lucha insurgente, mientras que Barradas apenas merece una mención en la historia española. Explicó para el *Reforma*: “Cualquier niño mexicano sabe quién es Allende, pero ningún niño español sabe quién es Barradas”. Al indicar que no es pensable que emocione mucho en España tener en casa dos de las banderas que formaron parte de la desastrosa iniciativa de Isidro Barradas, añadió: “Primero, fue una expedición caótica y sin ninguna posibilidad de éxito; segundo, se produce durante el reinado absolutista de Fernando VII. Es simplemente un intento del monarca por recuperar unos territorios que consideraba suyos, pero para España es un episodio irrelevante.” Coincidió con Ivana Frasset en que esta fallida reconquista de julio de 1829 no ocupaba un lugar en la historiografía española. Sin haber existido encuen-

<sup>25</sup> Silvia Isabel Gámez, “Ofrece España solución simbólica...”, en *Reforma*, 22 de mayo de 2009.

tros entre soldados muy notables, a los españoles los disminuyeron las calamidades climáticas y el paisaje al punto de solicitar la capitulación. Los términos se pactaron el 11 de septiembre, el general Santa Anna dejó partir a los invasores que marcharon para Nueva Orleans. En octubre las banderas españolas llegaron a la ciudad de México y el triunfo sobre el general invasor fue celebrado con una misa en la Basílica de Guadalupe.

Si recuperan España y México lo mismo, un par de banderas derrotadas, el concepto del intercambio nos favorece en relación con la centralidad de las respectivas banderas en canje según las historias de cada nación. Las primeras banderas mexicanas son eso, amén de la novedad, al haber permanecido prácticamente desconocidas para los mexicanos casi doscientos años. El problema es que las banderas españolas tienen un valor patrimonial más grande para nosotros que para ellos. Es por eso que hay quienes no están de acuerdo con el canje, señala Ortiz Escamilla: “La de 1810 fue una guerra civil (entre insurgentes y realistas), pero 1829 es el segundo momento en que el Ejército mexicano se cubrió de gloria, después de la rendición de San Juan de Ulúa en 1825. Bien que mal, se liberó a la patria.” Con ellas estaremos bien representados en la victoria definitiva de los ejércitos mexicanos sobre los del rey Fernando VII.

La investigación sobre el paradero de las banderas de la Independencia en España no se agota desde luego con este hallazgo. Existen documentos que apuntan al encuentro de otras muy importantes. En mayo de 1817 el virrey Juan Ruiz de Apodaca, después de solicitar que se le enviaran desde las provincias las que se hubieren colectado, también remitió por barco reliquias patrias como su antecesor Calleja:

He reunido dos banderas cogidas en la rendición del Fuerte de Cóporo, dos en el de Xaliaca y una en Silacayuapa que dirijo en esta ocasión al Gobernador de Veracruz, para que en el primer Buque de guerra que salga con destino a esa Península lo envíe a Vuestra Excelencia, suplicándole se sirva

presentarlas a Su Majestad como un trofeo quitado a sus enemigos.

En una de las banderas de Xaliaca se ve por una parte la Cruz de Borgoña y en sus cuatro ángulos las Armas de México, y por otra la Tiara pontificia con el lema de *Jurada en defensa de la inmunidad eclesiástica*, cuya observación, y la de estar construidas del manto de algún Clérigo por su tela de la clase que los usan aquí generalmente, hago a Vuestra Excelencia, en prueba de la hipocresía y mala fe de estos traidores, que después de haber robado e incendiado muchos templos y asesinado varios sacerdotes respetables por sus virtudes, y sin otra causa que el no ser de su partido, afectan defender el estado eclesiástico y las cosas sagradas que han profanado del modo más insolente y escandaloso.<sup>26</sup>

Este documento, con palabras de recibido que conocí a través del historiador Juan Ortiz, invita otra vez a la aventura: ¿existe un Aspa de Borgoña mexicana cargada de religión, rematada en sus extremos con escudos mexicanos y jurada nada menos que en defensa de la inmunidad eclesiástica? La opción es intentar su repatriación de la posmoderna y ciudadana España que supo defender su patrimonio hasta de las mejores intenciones, como la del presidente Rodríguez Zapatero. España rectificó también para modificar sus propios actos discrecionales. Sorando subrayó un antecedente de la conducta presidencial que había generado la herida en materia de canje entre los españoles interesados. Recordó que el presidente Aznar había devuelto una silla de montar del héroe Antonio Maceo, recibiendo a cambio un cañón del siglo XVIII (de los que había muchos en España) y una bandera de mochila, en su opinión de escaso valor.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Archivo Histórico Militar de Madrid, sig. 5362, núm. 18, “El Virrey de N. España D. Juan Ruiz de Apodaca. Remite a Su Majestad cinco banderas y una bandolera quitadas a los rebeldes de aquel Reino”.

<sup>27</sup> Silvia Isabel Gámez, “Canjea España botín”, en *Reforma*, 19 de enero de 2009.

### El estado de la investigación sobre las banderas con las novedades

Las posibilidades de encontrar más banderas insurgentes significa que las banderas de la Independencia son un recuento provisional, que en esta ocasión pudo ser alimentado con dos investigaciones auspiciadas por el INAH: la que concluyó frente a las banderas mexicanas en Madrid y el gran hallazgo de Sonia Lombardo de Ruiz. En el Real Palacio de Madrid encontró las pinturas del coronel suizo Theubet de Beauchamp, quien acompañó a los insurgentes por muchos años y entre cuyas bellas láminas del libro: *Trajés y vistas de México en la mirada de Theubet de Beauchamp*, aparecen dibujadas algunas de las banderas tanto populares como de regimiento de los insurgentes.<sup>28</sup>

Las claves en tela del surgimiento de México se conservan en el Castillo de Chapultepec. La quietud de la sala donde se exponen alienta una emoción atemperada por el gran mural de Juan O’Gorman, que las imaginó con el colorido que ya no tienen pero con el que las vieron en la guerra. Los insurgentes confeccionaron muchas banderas y otras tantas en reemplazo de las perdidas. La representación entre los distintos grupos en armas fue diversa. Las fuentes militares realistas constantemente consignaban la captura de banderas insurgentes o simulacros de ellas que generalmente se enumeran sin mayores descripciones. Los documentos insurgentes que pudieran precisar la captura de banderas realistas no los he encontrado, aunque en el antiguo Museo de Artillería, en su Sala Morelos se exhibía un lote de banderas españolas atribuidas a la captura insurgente.<sup>29</sup> La colección actual se comenzó a formar con esos primeros depósitos en el Museo de Artillería, junto con lo que allí llegó procedente de la Basílica de Guadalupe. El tiempo incrementó el número con muy importantes donaciones, adquisiciones y las repatriaciones mencionadas.

<sup>28</sup> Sonia Lombardo de Ruiz, *Trajés y vistas de México en la mirada de Theubet de Beauchamp*, Madrid, Turner, 2010.

<sup>29</sup> *México en el Centenario de su Independencia*, versión facs. del Álbum Gráfico de la República Mexicana en el Centenario de su Independencia, 1810-1910, México, SIP, 2009.

La investigación del siglo XIX trató de clasificar, de resolver controversias en torno a las banderas, de darles autenticidad entre las profundas lagunas informativas y la necesidad patriótica, tema estudiado por Jacinto Barrera Bassols.<sup>30</sup> El siglo XX empezó a combatir el nacionalismo que condensaba demasiada pasión en sus pocos hilos. Jesús Romero Flores distinguió los orígenes de algunas de ellas, entre lo certificado por la Comisión de Auténticas y aquello que se venía dando por hecho, dictado por la tradición.<sup>31</sup> Ernesto Lemoine materializó las descripciones de las enseñas de Morelos.<sup>32</sup> Después de varios libros sobre la confección de la bandera mexicana, Enrique Florescano aportó en orden y conocimiento de la historia y tradiciones que el dieron origen, analizando los antecedentes culturales de las composiciones iconográficas desde la antigüedad prehispánica hasta el patriotismo criollo, matizadas con las influencias de la Revolución francesa particularmente en la elección y disposición de sus colores.<sup>33</sup> El aporte reciente es de Moisés Guzmán Pérez sobre la historicidad de las banderas de la Independencia, privilegiando las propiamente michoacanas.<sup>34</sup> Abriendo la secuencia de las banderas para que tomen su lugar las de Ignacio Allende y las que pintó el

<sup>30</sup> Hace más de un siglo (1896) el general Sóstenes Rocha, en una controversia sobre el estandarte verdadero de Miguel Hidalgo tomado en Atotonilco, comentó: “Bien podría ser que el señor cura Hidalgo hubiera tenido dos o más estandartes de la Virgen de Guadalupe”. Saber cuál era, fue un debate de la segunda mitad del siglo XIX entre historiadores, pintores, congresistas, jefes políticos, periodistas, generales; Jacinto Barrera Bassols, *Pesquisa sobre dos estandartes. Historia de una pieza de museo*, México, Sinfiltro, 1995, p. 87.

<sup>31</sup> Jesús Romero Flores, *Banderas históricas mexicanas*, México, Libromex, 1958.

<sup>32</sup> Ernesto Lemoine, *Morelos y la Revolución de 1810*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978.

<sup>33</sup> Enrique Florescano, *La bandera mexicana. Breve historia de su fundación y simbolismo*, México, FCE, 1998. Siguiendo a Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa, 1953; David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SepSetentas, 1973; Jaime Cuadriello, “Visiones en Patmos-Tenochtitlán. La Mujer Águila”, en *Artes de México. Visiones de Guadalupe*, México, núm. 29, 1995.

<sup>34</sup> Moisés Guzmán Pérez, *Insignias de la Casa Natal de Morelos*, Morelia, Frente de Afirmación Hispanista/Foro Cultural Morelos, 2006.

coronel Theubet de Beauchamp, contenidas en el mencionado libro de Sonia Lombardo, es posible renovar algo de lo que sabíamos en un paseo de frecuentación entre las primeras mexicanas y las últimas españolas izadas en México.<sup>35</sup>

16 de septiembre de 1810: desde las primeras horas los rebeldes se apropiaron de elementos religiosos para empezar la guerra. La secuencia de nuestras banderas históricas comienza con los más conocidos lienzos guadalupanos que se tomaron al paso de los recintos religiosos de Guanajuato y Michoacán. Sin embargo, siempre ha existido y permanentemente se ha tratado de corregir a lo largo de dos siglos la confusión en torno a estos lienzos que se atribuyen particularmente al cura Hidalgo. Es decir, el lienzo al óleo tomado de una de las paredes del Santuario de Atotonilco (fig. 1), y el estandarte guadalupano interpretado en acuarela que perteneció a los franciscanos de Michoacán con la leyenda en abreviaturas: “Viva María Santísima de Guadalupe” (fig. 2). Antes de que finalizara el siglo XIX se había podido aclarar que el lienzo de la Virgen, pintado por Andrés López en 1805, había sido la imagen primera. Perdida muy pronto en la batalla de Aculco, su lugar se fue cubriendo con otras. El problema es que la belleza del estandarte franciscano es singular. Sin atender los conocidos documentos, la colectividad patria eligió la bella para armar la tradición del cura Hidalgo con el estandarte de su empresa en la mano. Son muchas las representaciones; se eligió el detalle del billete conmemorativo del Bicentenario de la Independencia de 2010, que privilegió el popular trazo de Jesús de la Helguera (fig. 3). Pintó a Hidalgo con el estandarte franciscano pero añadió la paloma de la paz, puso como fondo las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX y la desmilitarización de México después de la contienda revolucionaria. Paloma, seguimos deseando la paz perdida en el atemorizante y militarizado México.

Durante el primer movimiento de multitudes, los partes militares registraron la multipli-

<sup>35</sup> En el presente Luis Sorando investiga en fuentes españolas, las isetenta y tantas banderas mexicanas! capturadas por los españoles para una publicación que se nos reserva en el futuro.

cación de la Virgen de Guadalupe. El 7 de noviembre de 1810, por ejemplo, en la batalla de Aculco, fueron capturados no uno, sino dos estandartes guadalupanos. Pero también se recogieron a los insurgentes algunas otras imágenes en los enfrentamientos de Las Cruces y de Arroyo Zarco. La necesidad del gobierno español de realzar su victoria de Puente de Calderón hizo que el general Calleja solicitara partes de guerra más detallados. Por ellos sabemos que allí se lograron reunir, entre los deshechos insurgentes, cinco banderas y dos estandartes. De los siete, cuatro (dos banderas y dos estandartes) portaban a la Virgen de Guadalupe. Los insurgentes llevaron telas como señales que los realistas llamaron banderas sin describirlas.<sup>36</sup>

La presencia de la Virgen de Guadalupe al comenzar la guerra cuenta con una buena cantidad de interpretaciones.<sup>37</sup> La abundancia de imágenes que aportaron los contingentes populares en tan pocos meses es notable. Gracias a Sonia Lombardo por fin observamos las interpretaciones populares de las banderas sugeridas por Hidalgo. El coronel Theubet de Beauchamp captó dos que tienen que ver con el mensaje inicial a sus artesanos, según el relato de Pedro Sotelo: acompañando sus palabras desde “el balconcito del cuarto de su asistencia” les había enseñado un lienzo

<sup>36</sup> Dan ejemplo las dos banderas que ganaron el cabo Eleuterio Negrete y los soldados Florentino Valero y Victoriano Salazar, del Regimiento de San Luis; otra tomó Eugenio Valcanez de los Dragones del Regimiento de México y otra fue levantada del suelo por el cabo Mariano Barrera, del Regimiento de Querétaro, sin que podamos saber por qué recibieron el nombre de banderas. “Parte detallado de la acción de Calderón con sus documentos comprobantes”, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, doc. 195.

<sup>37</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*; Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe: la formación de la conciencia nacional en México*, México, FCE, 1977; Ernesto de la Torre Villar, *En torno al guadalupanismo*, México, Porrúa, 1985; Eric R. Wolf, “The Virgin of Guadalupe, a Mexican National Symbol”, en *Journal of American Folklore*, núm. 71, 1958, pp. 34-39; William B. Taylor, “The Virgin of Guadalupe in New Spain. An Inquiry into the Social History of Marian Devotion”, en *American Ethnologist*, 14, núm. 1, 1987, pp. 9-33; Matt Meier, “María Insurgente”, en *Historia Mexicana*, vol. 23, núm. 3, marzo de 1974; Victor Turner y Edith Turner, *Image and Pilgrimage in Christian Culture*, New York, Columbia University Press, 1978.



14. *Aspa azul tomada al ejército insurgente.*

blanco con una estampa de la Virgen de Guadalupe.<sup>38</sup> En estas dos pinturas podemos sentir el empuje popular de un movimiento que improvisa banderas con sus telas corrientes, en cuyo centro colocan la imagen guadalupana. La primera, la que representa al pueblo de Guanajuato y porta un cuadrillero con atuendo de indio y rasgos de mulato, permite evocar que las banderas populares sirvieron como señales orientadoras para la guerra e inmediata declaración de motivos (fig. 4). La segunda, con el gusto del desgaste en la acción del Cerro de Las Cruces, nos llama la atención a las cuadrillas compuestas por indios, castizos y rancheros, donde accionaban hombres y mujeres los cañones de madera con cinchos de fierro descritos en los documentos (fig. 5).

Con el descubrimiento en España del par de banderas de guerra de Ignacio Allende se vino abajo la primera certeza patria: que las primeras banderas de la Independencia habían salido de las iglesias. Al sentirse las provincias casi perdidas ante la crisis política en la capital del virreinato y la posibilidad de que fuera entregada la Nueva España a los franceses, entre los preparativos de Allende estuvo la confección de sus banderas. Sus divisas son las defensas de la religión, del rey y de la patria, amenazados por la elevación al trono de José I, hermano de Napoleón Bonaparte. Nada mejor que representarlo en dos vistas: con la Virgen de Guadalupe coronada como patrona jurada de la Nueva España y con la composición emblemática en el reverso centrada en el águila. La franquean dos Aspas de Borgoña y dos guiones militares españoles a los costados, la timbra el arcángel san Miguel en la parte superior. También la rodean lanzas, alabardas, cañones y balas, todo un mensaje para separar a la Nueva España de cualquier desenlace europeo que abrió una guerra civil sangrienta y cruel para ganar esa libertad (figs. 6, 7 y 8).

Dichas banderas proporcionan un acercamiento mayor al registro que se tenía sobre la apropiación de los emblemas de la Nueva España, desde

<sup>38</sup> *Testigos de la primera insurgencia: Abasolo, Sotelo, García*, est. introd, ed. y notas de Carlos Herrejón Peredo, México, INEHRM, 2009, pp. 68 y 90.

antes de declararse la guerra, tanto del uso de los españoles que no se ha reconocido lo suficiente, como de los del patriotismo criollo. Ambos, se convierten en protagonistas de las combinaciones posibles para representar en símbolos entre 1808 y 1810 y significan la alerta que se despertó al caer España. De 1809 es la *Alegoría de las autoridades españolas e indígenas de Ecatepec*, pintada por Patricio Suárez de Peredo (fig. 9). En este cuadro que celebra un importante donativo monetario para contribuir con los gastos de la guerra, las dos Españas se manifiestan a través de sus escudos: el de la Casa de Borbón y una alegoría emblemática del pueblo de Ecatepec, además de sus autoridades respectivas, amparadas por la Virgen de Guadalupe y unidas en torno al rey detenido en Bayona. Así como en el escudo real se adivinan las Aspas de Borgoña, en el de Ecatepec, entre las armas indígenas que le rodean sobresalen cuatro banderas blancas y dos hondas del mismo color. Se utilizaron como recursos para afirmar la aceptación de los indios a la guerra santa contra los herejes franceses. Aquello jurado por toda la sociedad de la Nueva España en las demostraciones de lealtad cuando pudo informarse, además, que el pueblo español se había rebelado y comenzado a organizar su resistencia.<sup>39</sup>

Bien se sabe que la Virgen María, en su advocación de Guadalupe, fue tan solicitada como la Virgen de los Remedios entre 1808 y 1810 para el auxilio de las dos Españas.<sup>40</sup> En el famoso paseo que hizo la Virgen de los Remedios en 1810 al

<sup>39</sup> Guadalupe Nava Otero, *Cabildos de la Nueva España en 1808*, México, SepSetentas, 1973; Hira de Gortari Rabie-la, "Julio-agosto de 1808: la 'lealtad mexicana'", en *Historia Mexicana*, México, julio-septiembre de 1989, pp. 181-203; François-Xavier Guerra, "Dos años cruciales (1808-1809)", en *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE, pp. 155 y ss.

<sup>40</sup> Solange Alberro, "Remedios y Guadalupe: de la unión a la discordia", en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH/Condumex/UIA, 1997, pp. 315-330; William B. Taylor, "La Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios y la cultura política del periodo de la Independencia", en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810, 1910, 2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y Perspectivas*, México, UNAM, 2007, t. II, pp. 213-240.

salir de la ciudad de México rumbo a su santuario, se decoraron las fachadas y el ostentoso recorrido estuvo cargado de rogativas contra Napoleón. Vale mencionarlo, porque en el Oratorio de San Felipe Neri se explicó en una enorme manta el mensaje de la bandera blanca. Ésta no se desconocía del todo ya que formaba parte de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola, bien plantados por los jesuitas y proseguidos por los oratorianos después de su expulsión. El padre Juan Bautista Díaz Calvillo la describió:

Toda la sustancia de los mismos ejercicios, como no ignoran los que les han practicado, se encierra en el que el dicho santo patriarca intituló DE LAS DOS BANDERAS. Por medio de él es conducido el ejercitante hasta el campo de Babilonia que significa *confusión*, y allí ve a Lucifer en una gran cátedra de fuego, rodeado de demonios, y tremolando con la mano derecha una bandera roja, bajo la cual convida a todos los hombres a que se alistén prometiéndoles el logro de sus apetitos de honra, de riqueza y de deleite. Por el contrario JESÚS con un semblante apacible y modesto, acompañado de sus pobres y humildes discípulos, y sentado en medio del valle de Jerusalem que quiere decir *paz*, levanta una bandera blanca llamando también a todos los hombres con el fin de hacerlos verdaderamente felices, para lo cual les pide que mortifiquen los mismos apetitos de honra, de riqueza y de deleite, prometiéndoles en recompensa de tan corto sacrificio una bienaventuranza interminable.<sup>41</sup>

<sup>41</sup> Los oratorianos ocuparon esta residencia después de la expulsión de los jesuitas, con el compromiso de continuar con las enseñanzas de san Ignacio; Juan Bautista Díaz Calvillo, *Sermón que en el aniversario solemne de gracias a María santísima de los Remedios, celebrado en esta Santa Iglesia Catedral el día 30 de octubre de 1811 por la victoria del Monte de las Cruces predicó el padre doctor don Juan Bautista Díaz Calvillo, prefecto de la doctrina cristiana en el Oratorio de San Felipe Neri de esta corte*, México, Con licencia, En la imprenta de Arizpe, 1811. A éste le siguen las *Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios. Desde el año de 1808 hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente*, México, Con Licencia, En casa de Arizpe, 1812, pp. 96 y 97; Martha Terán, “Banderas y hondas blancas

Estas señales jesuitas en el paisaje mariano obedecen a que ninguna analogía podía ser más acertada para la guerra santa. La conversión de san Ignacio de Loyola había sucedido después haberse lesionado una pierna cuando cayó Pamplona en poder de los franceses. Por inspiración de María había redactado los *Ejercicios Espirituales*, que se volvió el refuerzo intelectual de los jesuitas en su lucha permanente contra la herejía tanto en Europa como en América. El valor universal de la bandera blanca se percibe en que ni la ciudad de México ni los indios de Ecatepec apoyaron la causa insurgente llegado el momento. Las pequeñas banderas que improvisó la gente en Guanajuato se entienden porque era un territorio donde se practicaban nutridamente ejercitantes espirituales, como en el santuario de Atotonilco entre Dolores y San Miguel el Grande. El cura Hidalgo llamó a gente que identificaba la señal de la bandera blanca. En Atotonilco no llegó únicamente para comer o para tomar la imagen guadalupana de su iglesia, sino para hablar con quienes estaban reunidos e invitarlos a regresar a sus lugares de origen y dar la nueva. Quienes en cambio se le sumaron, tal vez aportando su bandera blanca, vieron en el santuario guadalupano de Guanajuato la estampa de la Virgen y la cosieron a la tela. Las enarbolaron, en cualquier caso, las cuadrillas sólo de indios, o de indios y de castas como las que participaron en la batalla del Cerro de Las Cruces (lo cual captó el coronel suizo), descritas en la toma de Guanajuato semanas adelante por el padre Díaz Calvillo:

La había ocupado Hidalgo el viernes 28 de septiembre con un ejército que componían en la mayor parte indios honderos y de flecha, y otros de garrote y lanza, y en la menor el regimiento de infantería de Zelaya, los de dragones de la reyna y príncipe, y porción de lanceros de caballería, todos en número de veinte y dos mil hombres, con dos cañones de madera abrazados con cinchos

en la Independencia. La cultura indígena de la guerra santa según los cuadros de los museos”, en Jaime Olveda (coord.), *Independencia y Revolución. Reflexiones en torno del Bicentenario y el Centenario*, Zapopan, 2009, t. II, pp. 51-68.

de hierro. La divisa de esta gavilla de tumultuarios era una asta larga con un lienzo de enrollar bastante grande, en el que aparecían pintadas sobre campo blanco las imágenes de nuestra señora de Guadalupe y San Miguel Arcángel; y al pie de ellas se leía esta inscripción: VIVA LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL Y LA RELIGIÓN CATÓLICA. Cada una de las cuadrillas de indios llevaba también su bandera blanca aunque pequeña con una estampa de papel de la referida imagen de María Santísima, y el grito continuo de ellos sólo era el de *Viva nuestra señora de Guadalupe, y mueran los gachupines*.<sup>42</sup>

Fue de Guanajuato abanderarse con la Virgen de Guadalupe y con el arcángel san Miguel. Excede la iniciativa de las banderas de los Dragones, si lo medimos por la “bastantemente grande” imagen de la Virgen de Guadalupe acompañada por el primer general de la lucha contra Satanás, el patrono jurado de San Miguel el Grande. Si luego se pierde, la bandera blanca de la insurgencia de Guanajuato será retomada por el movimiento de Morelos.

El sexto de los *Ejercicios* explicaba la bandera blanca; después de que el tercero detallaba la victoria de san Miguel sobre la idolatría. Pareciera que las imágenes de san Miguel con una bandera blanca en la mano que se pintaron en el siglo XVIII están aludiendo a los *Ejercicios*. En esta selección se presenta un cuadro de san Miguel llevando una, iluminada con una cruz en el centro pues en ellas solían ponerse imágenes o signos inspiradores (fig. 10). Estuvo expuesto en el antiguo Hotel de la Soledad en Morelia desde que se tiene memoria; el historiador Gabriel Silva Mandujano lo captó en 2003 y hace un par de años una redecoración del edificio lo retiró; también es guadalupano si el lema bajo la cruz dicta: *OMNI NATIONI*. Mucho se asemeja al conocido cuadro de san Miguel en exhibición en el Museo de la Basílica de Guadalupe, donde en su bandera blanca se pintó a la Virgen (fig. 11). La universalidad de esta com-

posición la sugiere la enorme similitud entre el porte y atuendo de las figuras de san Miguel. Él y la Virgen de Guadalupe se vinculaban para significar que la aceptación del cristianismo, bendecido por la Aparición, era la prueba de que la erradicación del paganismo prometía que la Nueva España llegaría a ser una nación soberana.

En particular, la composición patria elegida por Ignacio Allende responde a una representación muy puntual del siglo XVIII, centrada en la relación de la de san Miguel con el águila mexicana para crear el mensaje de una patria bendecida. Hablamos de la composición que presenta al águila timbrada por una estrella. La *Stella Maris* que guió a los europeos, a Hernán Cortés, a llegar al nuevo mundo para desterrar, como san Miguel, la idolatría. Ya que la estrella evocaba tanto a san Miguel como al conquistador, el águila así timbrada simbolizaba la Nueva España bendecida. La *Gazeta de México* difundió dos versiones muy conocidas de las que se presenta una (fig. 12). Este “timbre del imperio mexicano” se asoció directamente con la Virgen, en España, por la Real Congregación de Guadalupe que se estableció en la capilla de San Felipe el Real en Madrid, tal como aparece en la portada de las *Constituciones de la Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe de México* (fig. 13).<sup>43</sup> Los que primero llamaron a la Independencia trataron de preservar una patria católica.

Aquellos que destacaron a su muerte mantuvieron los símbolos del rey y los novohispanos tomados desde el comienzo.<sup>44</sup> Al formarse la Junta de Zitácuaro, organizada por el licenciado Ignacio López Rayón, el acto se celebró “con la bendición de dos banderas”.<sup>45</sup> Eran “una blanca con las armas del rey y otra encarnada que decían

<sup>43</sup> *Constituciones de la Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe de México. Fundada en la iglesia de San Felipe El Real de esta Villa de Madrid*, en la oficina de Joaquín Sánchez, 1743.

<sup>44</sup> Moisés Guzmán Pérez, *La Junta de Zitácuaro, 1811-1813. Hacia la institucionalización de la insurgencia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 1994.

<sup>45</sup> “Sumaria información sobre la venida a esta capital de tres soldados del Regimiento de Infantería de México, y dos del Provincial de Tres Villas, procedentes de Zitácuaro en donde estaban prisioneros y sobre el estado, fuerza y

<sup>42</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo, *op. cit.*, p. 129.



15. Bandera con la leyenda "Non Fecit Taliter Omni Nationi".

de América con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe”.<sup>46</sup> Sobre esta última, hay elementos para pensar que se trata del Aspa de Borgoña azul hoy en el Museo de España (fig. 14). Sobre la primera mencionada, con la imagen de la Virgen labrada en seda blanca, los documentos hablan de varias que parecen ser de las emitidas para la ocasión (fig. 15). La Virgen de Guadalupe está rodeada de una orla compuesta por el lema *NON FECIT TALITER OMNI NATIONI*. En el Castillo de Chapultepec se la tiene como de Morelos, si por casualidad fue una de las que se realizó en Zitácuaro, como dice Guzmán Pérez. Banderas así todavía las izó Benedicto López en la fortaleza del Cerro del Cópore. Eran las de la profecía por cumplir, tan creíble como que ellos estaban en el intento. En el seno de la junta se confeccionó también una bandera radical de contenido teológico, *El Doliente de Hidalgo*. Es una cruz negra en campo rojo tanto con la calavera y canillas de la muerte, como con un mensaje bíblico que apela a la justicia divina. En el reverso menos conocido amenaza al enemigo con un arco y su flecha asociados al símbolo mariano. Este regimiento de caballería se formó por campesinos de la Tierra Caliente, de las provincias de Michoacán y de México a los que se les dejó clara su doble misión: vengar a Hidalgo y defender la religión de sus padres, amenazada por los españoles aliados de Bonaparte.<sup>47</sup> Lo capturó también Calleja con todo y villa de Zitácuaro. Los pueblos aledaños quedaron consumidos por el fuego (fig. 16).

Es otro el momento del cuadro más famoso del general Morelos, el que se fue a España y regresó. Lo pintó un artista anónimo después de que la trayectoria guerrera lo premió con la toma de la ciudad de Oaxaca. Estrenaba el uniforme con el que posa con bonete de cura que le regaló Mariano Matamoros por su nuevo grado de capi-

noticias de aquella Villa”, en AGN, Infidencias, vol. 24, exp. 3, ff. 118-131.

<sup>46</sup> AGN, Infidencias, vol. 24, exp. 3, ff. 120 y 127. Lo confirmaron los soldados del Regimiento de las Tres Villas, Simón Valiente y Diego León. En la Villa había más de mil hombres concentrados y, “junto con toda la indiada de pueblos y barrios”, “con todos los de afuera”, eran más de 8 000 los hombres de los que disponían.

<sup>47</sup> Moisés Guzmán Pérez, *op. cit.*, 2006, pp. 49-50.

tán general (fig. 17). En el retrato persevera el aporte de los indios a la simbología de la guerra santa interpuesta por la defensa de la religión y el rey, invariable en sus claves desde las manifestaciones de lealtad previas al estallido de la guerra. Tanto la bandera blanca como una gran honda blanca (pintadas también en el cuadro de las autoridades indígenas de Ecatepec, tres años antes y sin ninguna relación) hacen parte de la composición patria que timbra la parte superior del retrato. Sin ser exclusivos de la insurgencia se usaron en el diseño de los sellos oficiales de la Junta de Zitácuaro. En la alegoría patria que adorna el retrato, se había prestado poca atención a sus cuatro banderas, una, la blanca que orientaba a la gente sencilla en armas. Las tres restantes evocan la bandera carmesí que acompañaba a los Bravo, la negra que llevaba Morelos (que apenas se distingue) y la que abanderaba al regimiento de los Galeana, blanca y celeste en franjas horizontales. Todas son con las que los jefes distinguieron sus fuerzas para la toma de Tixtla.<sup>48</sup> Estaba Morelos por confeccionar sus propias banderas y pudo lograrlo en Oaxaca.

Se ha repetido que las de San Miguel el Grande son las primeras banderas mexicanas porque Allende se apropió del antiguo glifo fundacional de México para hacer la guerra. Nos educamos creyendo que habían sido López Rayón y Morelos los que levantaron primero la señal más poderosa del pasado antiguo en la descubierta de los insurgentes. Lo relevante es que multiplicaron las águilas en muchas modalidades y materiales y transformaron el mensaje que inicialmente transmitieron las banderas de Allende. Fueron los artífices de un cambio de contenido simbólico parecido al fenómeno español durante la ocupación napoleónica de la península, cuando la propia resistencia hizo que el león del imperio se convirtiera, de un poderoso emblema monárquico, en la representación del pueblo y la nación españoles.<sup>49</sup> Las banderas que Morelos emitió en

<sup>48</sup> Raquel Huerta, “El general insurgente Vicente Guerrero hasta la tregua de Acatempan”, en 2010. *Memoria de las revoluciones en México*, México, junio-enero de 2008, p. 100.

<sup>49</sup> Víctor Mínguez, “*Leo fortis, Rex fortis*. El león y la monarquía hispánica”, en Víctor Mínguez y Manuel Chust

varias ocasiones para dotar a sus mandos sugieren, erguidas encima de las calzadas heráldicas de la ciudad de México, que ya no se representaba una patria bendecida sino a los insurgentes, a los americanos que luchaban por su libertad. Dos banderas muy conocidas de los ejércitos de Morelos, una llamada *UNUM* (fig. 18) y otra que perteneció al Batallón de San Fernando, comandado por Vicente Guerrero, hoy reposan en la misma sala del Castillo de Chapultepec (fig. 19). Emitidas en Oaxaca y perdidas en Puruarán, están compuestas sobre un fondo blanco y con tableros celeste y blanco. En un óvalo se forman las siguientes palabras: *Oculis et unguibus aequae victrix* (con los ojos y con las uñas igualmente victoriosas). Sobresale el águila con la palabra *UNUM*. Morelos lo puso en claro en los discursos donde se valió de la imagen del águila luchando contra el león para explicar la independencia. Era una nación antigua la que se iba a restablecer, el sometido imperio mexicano que anularía el tiempo de la Nueva España. Así lo dio a entender al transmitir la idea de la República del Anáhuac.

Su gran acierto fueron las enseñas confeccionadas en tableros blancos y azules que dieron uniformidad a sus regimientos. De su hechura popular nos queda la enigmática que lleva bordados una macana y un cometa; ya no se expone, aunque estuvieron en el Museo de Artillería (fig. 20). Sin embargo, las banderas victoriosas continuaron en la guerra hasta perderse de vista, como la bandera de los Galeana presente en el retrato de Morelos, en la que no se intuye que la Virgen de Guadalupe estuviera pintada en el centro de los colores de la religión en bandas. La estamos conociendo (la cual fue apoyada por los valientes hermanos Bravo), gracias a que el coronel Theubet de Beauchamp la captó en la toma de Acapulco. En su lámina aparecen los distintos guerreros populares ayudados por sus mujeres (fig. 21). La reactivación del movimiento —sacrificado Morelos, pacificadas grandes partes de la Nueva España y una vez que el rey había vuelto

(eds.), *El imperio sublevado. Monarquía y naciones en España e Hispanoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004, pp. 57-94.

a su trono— la capturó también el coronel suizo para mostrarnos por primera vez el portabandera de los indios del batallón de pintos de las fuerzas del general Guerrero (fig. 22). Esta bandera blanca, ¿llevaría pintada a la Virgen de Guadalupe? Corresponde a la última y fragmentada fase de la insurgencia, cuando sobresalieron las fuerzas de Vicente Guerrero, de más de mil hombres bien armados por los hacendados del sur y compeñadas por sus empleados.

El nacionalismo tampoco era dado a poner en paralelo los símbolos enarbolados en la guerra por “los otros” mexicanos. Novohispanos no afectos a la independencia que al tomar también las armas determinaron el carácter civil de la guerra. Tuvieron sus capítulos de gloria y se profesionalizaron aún más con la llegada de los expedicionarios españoles en los últimos años. Para los realistas, después de la toma de las principales fortificaciones insurgentes, los trofeos de guerra que podían interesarles se fueron enrareciendo. Entonces las condecoraciones, los partes victoriosos y los ascensos de grado duplicaron su importancia. Con la restauración del rey Fernando, el ejército se había comenzado a reordenar en una competencia interna fincada en el mérito guerrero. Además de las ya comentadas medallas al mérito militar que se plasmaron en las banderas de Isidro Barradas, se hicieron escudos de distinción como la *Condecoración por la toma del Fuerte de San Gregorio* que alude a la detención del general Francisco Xavier Mina y la derrota de sus fuerzas (fig. 23). O bien, la *Condecoración por la pacificación de la Provincia de Veracruz* que celebra la derrota de las últimas resistencias insurgentes veracruzanas, por batallones llegados de toda la Nueva España (fig. 24).

Hay que corregir bastante nuestra historia ateniéndonos a los hechos. Antes de conocerse las banderas de Ignacio Allende, no se tenía en mente el uso de las Aspas de Borgoña por los americanos. Nos faltaban para comprender la evolución simbólica de una guerra donde no se puede negar la alternancia de posturas entre los combatientes por la independencia. No es cierto que exclusivamente pelearon emblemas mexicanos contra españoles. Banderas con aspas y guiones

españoles se enfrentaron por los dos costados. No debemos olvidar que también los poseyeron, por reglamento, todos los otros regimientos que abandonaron al gobierno español declarándose leales al rey, los de Querétaro, Pátzcuaro, Valladolid y Celaya. Fueron muchas las banderas con aspás y los guiones militares que se recogieron a los insurgentes. Los partes reportaron un Aspa de Borgoña capturada al apresar a Hidalgo en Acatita de Baján el 21 de marzo de 1811 que, para Sorando, es la azul del museo español y para quien esto suscribe pudo ser la confeccionada en Zitácuaro al instalarse la Junta.<sup>50</sup>

Que hubo quienes todavía después continuaron sintiéndose cómodos con los símbolos del rey entre las filas rebeldes, lo documentan las banderas enviadas desde Xaliaca al virrey Apodaca, que no se tienen localizadas. Me refiero a la bandera jurada con la Cruz de Borgoña que remataba con escudos mexicanos, mientras en el reverso levantaba la divisa de luchar por la inmunidad eclesiástica, labrada en tela de la que usaban los curas. En las dos orillas de la guerra se compartía el imaginario, aún así conmueve que su descripción sugiera mucho parecido con las de los realistas novohispanos; por ejemplo la *Bandera RVT de las Tres Villas, Córdoba, Orizaba y Xalapa* (fig. 25). Este batallón, por haberse organizado y financiado por las villas veracruzanas, sus escudos remataron los extremos del Aspa de Borgoña de su bandera de seda. El batallón, siendo muy famoso en la contrainsurgencia, se unió al ejército de Agustín de Iturbide y enseguida al *Plan de Iguala* en febrero de 1821. En septiembre de ese mismo año se disolvía para reagruparse después como parte del

<sup>50</sup> Desde Aculco, antes de Puente de Calderón, se habían logrado tomar tres banderas a los regimientos rebeldes, dos al de Celaya y una que perteneciera al de Valladolid. En Acatita de Baján, al apresar a Hidalgo, los partes señalan que le recogieron dos guiones. Éstos, reglamentariamente debían llevar el escudo del rey por una cara y el del regimiento en la otra. Sin embargo, el mayor lote de banderas que traían los insurgentes, del que no se conoce su inventario, fue arrebatado una semana después al sobrino del cura Hidalgo, Tomás Ortiz y a Julián Rodríguez; Martha Terán, "Símbolos e imágenes de la guerra por la independencia", en *Derechos del hombre en México durante la guerra civil de 1810*, 2009, p. 229.

ejército mexicano y tomar la bandera tricolor. Al irse aceptando el *Plan de Iguala*, en la conversión de los ejércitos realistas, el Regimiento de Infantería de Línea Provincial de Puebla tuvo ocasión para confeccionar en seda una bandera trigarante que se volvería famosísima, con los colores verde, blanco y rojo en franjas diagonales bajo el lema *Unión, Religión, Independencia* (fig. 26).

Si de las banderas históricas desconocemos más de lo que sabemos, esto es más cierto para las tricolores insurgentes. Desde el movimiento de Morelos comenzó al parecer la experimentación en fondo tricolor. Existe una atribuida al Batallón Morelos, en cuya franja blanca aparece la Virgen de Guadalupe y bajo ella el águila mexicana. Por su parte, la bandera conocida como *Siera*, al parecer procedente de Zongolica, Veracruz, en la franja blanca ostenta un carcaj con flechas. Los tres colores que confluyen en el diseño de la bandera del *Plan de Iguala* fueron llevados por otros insurgentes: aparecen pintados por el coronel Beauchamp en los listones de la bandera y en el adorno plumario del portaestandarte de los pintos del general Guerrero. Para salir de la guerra, los elementos militares se acabaron confundiendo en la unión. Con los tambores de Vicente Guerrero, que alentaron este pacto, se declaró por primera vez la Independencia juntándose los ejércitos y los tambores. Aquí se ofrece una imagen del siglo XIX (con su escudo realista), que forma parte de la colección del Museo Nacional de las Intervenciones; debió pertenecer al Regimiento de América, los refuerzos españoles para acabar con la insurgencia (fig. 27).

Los tres colores dominaron en el adorno de la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821. En la *Entrada triunfal del Ejército Trigarante*, famoso cuadro que se conserva en el Castillo de Chapultepec, los colores ondearon en las banderas izadas en el arco triunfal, donde también se lucen en franjas horizontales y en los estandartes en una variedad de formas (fig. 28). Son muy coloridas las banderas capitalinas que los recibieron según el plano del cuadro. Los indios también hicieron su mitote improvisando carizos y banderas para la ocasión. Los captó el coronel Beauchamp, rodeados de banderas fabri-

cadadas con sus telas corrientes, que llevaban con ellos en agradecimiento a la Virgen de Guadalupe (fig. 29). Los meses siguientes a la declaración de la Independencia la bandera tomó su puesto en los edificios de la ciudad de México, con el color verde o con el rojo pegado al asta, según lo demuestran otras dos de las pinturas del coronel Theubet de Beauchamp. El cuadro de la gran plaza de la ciudad de México muestra banderas en los edificios en donde los colores aparecen ordenados por el rojo, tanto en la Catedral como en el del Palacio Nacional, mientras que en el kiosco se advierte una bandera con las franjas horizontales, fenómeno señalado por los historiadores (fig. 30). La iglesia de Santo Domingo, en cambio, izó su bandera tricolor ordenada por el color verde (fig. 31).

Antes de que terminara el año surgió por decreto la más antigua de las banderas que hoy nos significan con el antiguo escudo en la franja central, la primera del México independiente. Entre 1822 y 1823 se confeccionaron cantidades de banderas para los edificios públicos y particularmente para el ejército. El águila apareció coronada en la bandera de raso de seda del corto imperio de Agustín de Iturbide (fig. 32). Retiró la corona la composición nacional que se multiplicó con las nuevas banderas militares, de las que existen muchas victoriosas en el Castillo de Chapultepec. Se ofrece la que adoptó el mismo Batallón de Tres Villas, reorganizado por Guadalupe Victoria en 1823 (fig. 36). Este cuerpo fue de los que participó bajo el mando de Santa Anna en la batalla de Pueblo Viejo contra los españoles en 1829, convirtiéndolo en héroe (figs. 33 y 34). Nuestra primera invasión extranjera propició la necesidad de crear un ejército de reserva a las órdenes del vicepresidente Anastasio Bustamante, quien después dio golpe de Estado a Vicente Guerrero. El batallón de Tres Villas ofrece uno de los tantos ejemplos de cómo se institucionalizó el ejército mexicano con la combinación de los mandos y las tropas antes enemigas. Su raso de seda estuvo después en el Fuerte del Álamo en 1836, en la defensa del puerto de Veracruz en 1838 y en la Batalla de Cerro Gordo de 1847.

La bandera que cierra estas imágenes corresponde a la enorme Cruz de Borgoña que fue protagonista en el intercambio entre México y España, al encabezar la lista de las posibles banderas de intercambio, en atención a que España no posee banderas del reinado de Felipe V y de que la tela data, al parecer, de 1715. Sin haber sido elegida, Luis Sorando sostiene que con total seguridad no es la de Barradas: está investigando sus orígenes con la hipótesis de que se trata de una bandera de la guardia del virrey (fig. 35). Desde que se encontraron las banderas mexicanas en Madrid, se hicieron manifiestas las insuficiencias de las clasificaciones antiguas. En la Basílica de Guadalupe se concentraron enseñas de distintas épocas. Estuvieron por muchos años las imágenes guadalupanas primordiales de la independencia, pero también las detenidas al general Barradas después de exhibirse en la ciudad de México. Fueron recibidas por el general Felipe Berriozábal, como jefe de la Comisión de Auténticas de Trofeos de Guerra del Museo de Artillería y con esa indicación pasaron al Museo Nacional de Historia de Chapultepec. El protocolo del intercambio también hizo notoria la mala referencia de las verdaderas banderas de la reconquista, pues se hacían pasar por banderas de los siglos XVII y XVIII. El catálogo de piezas del Museo Nacional de Historia, vigente para los estudiosos y editado en 1990, está muy superado por la investigación, mientras que la oscuridad supera aún a la investigación entera. El enorme esfuerzo del Museo del Ejército de España por actualizar las descripciones y referencias de sus piezas es algo que nos debemos. En la rectificación de las viejas clasificaciones hay también avances en las iniciativas de su director, el historiador Salvador Rueda, preocupado por encontrar datos en los archivos del Castillo, así como en los de anteriores directores y en los documentos que posee el Ejército. Las banderas históricas, esas poderosas telas que dialogando bien con ellas nos pueden cambiar lo conocido, como las de Allende, ameritan investigarse mejor y que se proporcionen mayores recursos para restaurarlas y exhibirlas. Y no porque llamaron a la guerra sino porque lucharon por una paz libre de opresión. *Sic itur ad astra. Per desastrea.*



16. Estandarte *El Doliente de Hidalgo*.



17. *José María Morelos.*